

Ebrio, loco, animal: derivas de la vida y el cuerpo en *Irresponsable* de Manuel T. Podestá

Leandro Ezequiel Simari*

Resumen: Dentro de los procesos históricos y culturales que experimenta la Argentina de finales del siglo XIX, es posible detectar una significativa transformación en torno a los modos de pensar, estudiar y representar el cuerpo humano en su faceta biológica. Favorecidos por la hegemonía de una corriente filosófica de corte positivista, la pronta difusión y la alta aceptación de discursos científicos o pretendidamente científicos en torno a esta materia invitarán a extrapolar la perspectiva biologicista al terreno de lo social, en sincronía con las iniciativas de un Estado nacional en vías de consolidación que busca incorporar bajo su esfera de influencia la vida biológica de una población creciente y diversificada. El presente trabajo analiza los modos en que *Irresponsable* (1889), novela naturalista del médico higienista Manuel Podestá, configura cuerpos enfermos que abren el diálogo entre la ficción literaria y los tópicos, dilemas y giros retóricos de ese imaginario de época, al tiempo que dan cohesión a una trama que encadena espacios institucionales donde diversas modalidades de saber y poder se pliegan sobre la vida. Si la veta programática y propagandística de la novela enaltece el credo médico-científico de su autor, el desarrollo narrativo de su primer texto literario permitirá vislumbrar las crisis y tensiones dentro de la llamada *cultura científica*.

Palabras clave: Animalidad – Biopolítica – Higienismo – Manuel Podestá – Novela naturalista

Drunk, crazy, animal: you derive from life and body in Manuel T. Podestá's *Irresponsable*.

Abstract: Within the historical and cultural processes experienced by Argentina in the late nineteenth century, it is possible to detect a significant transformation around the ways of thinking, studying and representing the human body the human body in its biological facet. Favored by the hegemony of a philosophical current of positivist orientation, the early dissemination and high acceptance of scientific or supposedly scientific discourses about this subject will invite to extrapolate the biologicist perspective to the social field, in synchrony with the initiatives of a national Estate in the process of consolidation that seeks to incorporate the biological life of a growing and diversified population under its sphere of influence. This paper analyzes the ways in which *Irresponsable* (1889), naturalist novel by the higienistic physician Manuel

* Licenciado en Letras (UBA) y becario doctoral de CONICET. E-mail: simarileandro@gmail.com

Recibido 02/10/2018. Aceptado 10/11/2018.

Podestá, sets diseased bodies that open dialogue between literary fiction and topics, dilemmas and rhetorical turns of the imaginary of that time, while they give cohesion to a plot that chains institutional spaces where diverse forms of knowledge and power are folded over the life. If the programmatic and propagandistic vein of the novel exalts the medical-scientific credo of the author, the narrative development of his first literary text will allow to glimpse the crises and tensions within the so-called scientific culture.

Keywords: Animality – Biopolitics – Hygienism – Manuel Podestá – Naturalistic novel

En 1886, en plena agitación general por un brote de cólera de oscuras reminiscencias para la ciudad de Buenos Aires, *La Nación* del 23 de noviembre incluye en sus páginas el primer texto publicado del médico higienista Manuel T. Podestá. Estructurado bajo la forma de un recorrido por el barrio, casi una inspección sanitaria que progresa a través de la consignación de las coordenadas geográficas que la demarcan, el artículo comenta y cuestiona la higiene y las condiciones habitacionales en los conventillos de La Boca, a través del despliegue de buena parte de los ejes que se convertirán en constantes de la escritura de su autor: la propaganda del ideario higienista, la diagnosis alarmada frente a la combinatoria de contaminación, ignorancia y desidia estatal que amenaza la salud, y las descripciones minuciosas de las edificaciones y espacios públicos que entorpecen o, en casos extremos, deniegan el feliz y saludable desarrollo de la vida urbana.

Dos años después, en *Niños. Estudio médico-social* [1888], Podestá rompe el cerco barrial para abordar las problemáticas del ámbito porteño en su integridad, aunque, esta vez, con la salud infantil como objeto de preocupación primordial. De su incursión en la prensa perdurarán temas, convicciones, denuncias y escenarios, así como la enunciación mixta que alterna las sentencias generales de pretensiones científicas con los raptos retóricos de propaganda higienista.

Para 1889, se habrá operado en su escritura un desplazamiento decisivo: es ese el año de publicación de su primera novela, *Irresponsable*; el año del pasaje a la escritura de ficción, a la que retornaría en otras tres ocasiones durante las décadas siguientes.¹ A partir de entonces, su nombre quedaría inscripto en dos nóminas muy visitadas por la crítica literaria argentina: la de los médicos escritores y la de los naturalistas vernáculos.

Un proceso de profesionalización del escritor todavía incipiente y un campo literario que aun reviste “contornos imprecisos” (Fernández Bravo, 2010: 385), pero en el cual los distintos géneros ya comienzan a consolidar sus atribuciones y jerarquías, parecen haber promovido en Podestá la percepción del rol del novelista y del ejercicio de la novela como potencialmente propicios para dar continuidad, por otros canales, a la propaganda de ideas que inaugurara tres años atrás. En ese sentido, *Irresponsable* bosqueja un marco ficcional y una anécdota que vehiculizan, de manera directa y casi inmediata, las consabidas preocupaciones médico-higienistas de su autor. En lo que a su orientación estética refiere, no obstante, la novela misma sugiere mayores oscilaciones.

Evaluada como totalidad, *Irresponsable* mereció una pronta y generalizada categorización dentro del ciclo naturalista rioplatense y una consecuente contrastación con el ineludible modelo de Emile Zola. La declamada voluntad de configurar “una literatura determinada por la ciencia” (Zola, 2002: 41),² de hacer del novelista un “observador y experimentador” (Zola, 2002: 47) que regule la conducta de sus personajes según supuestas “leyes fijas” (Zola, 2002: 54) de la fisiología, de ajustar el despliegue de la imaginación literaria a parámetros análogos a los que dominan la

medicina experimental de Claude Bernard para diagnosticar, a través de la ficción, las *enfermedades* que aquejan a la sociedad, insinuaba al naturalismo zoliano como la veta más propicia, dentro de la escena literaria finisecular, para que las inquietudes profesionales de Podestá se canalizaran hacia la novela.³ No obstante, las mismas aproximaciones críticas que avalan para *Irresponsable* la etiqueta de *novela naturalista* son las que señalan o dejan leer en ella los elementos que se distancian e incluso contradicen aspectos centrales en el programa del referente francés. Uno de esos elementos, los ocasionales esbozos costumbristas que recortan y diferencian, según Alberto Blasi (1980), ciertas escenas dentro del relato, propiciaron las lecturas tempranas menos favorables: aquellas que, como la de Ricardo Rojas, no la consideran “una verdadera novela” (Rojas, 1957: 421), sino sólo “una serie de cuadros descriptivos en cuyo centro aparece el protagonista en diversos momentos de su vida” (Rojas, 1957: 421).

Todavía menos compatible con el modelo zoliano resulta el modo en que Podestá configura, sobre el inicio de la novela, su voz narrativa. Para Carlos Damaso Martínez, el capítulo inicial de *Irresponsable* “introduce al lector en un clima evocativo del narrador que recuerda su paso por la Universidad a semejanza de *Juvenilia*, de Miguel Cané” (Damaso Martínez, 2000: 17), pero la narración cambia de rumbo “a las pocas páginas” (Damaso Martínez, 2000: 17), para encausarse por la senda del naturalismo. Sin embargo, la voz narrativa inaugural, bajo la forma de una primera persona del plural que coincide con un indeterminado colectivo de estudiantes de Medicina, será la encargada de relatar el episodio de los exámenes universitarios del primer capítulo, pero también los recuerdos de las clases de anatomía que aparecen en el segundo, para comenzar a desdibujarse en el tercer capítulo y extinguirse, de manera definitiva, recién hacia el final del cuarto. En otras palabras, esa suerte de memorialismo estudiantil con que se abre la novela lejos está de desintegrarse *en unas pocas páginas* y, por lo tanto, la “impasibilidad narrativa” (Bonet, 2002: 21) que los textos programáticos de Zola reclaman como marca hipotética de objetividad y rigor científico no sólo no es alcanzada por Podestá en estos capítulos iniciales: siquiera es perseguida.

Asimismo, *Irresponsable* tampoco organiza, como sostiene Gabriela Nouzeilles, sus “secuencias novelescas (...) de acuerdo con los estadios evolutivos de una patología mental desde su origen hasta su resolución final” (Nouzeilles, 2000: 208-209). Para Nouzeilles, el ordenamiento narrativo según la estructura del “caso médico” (Nouzeilles, 2000: 76) bien podría considerarse como el medio a través del cual el naturalismo local resume y resuelve una serie de aspectos cruciales para la propuesta de Zola: la alianza entre literatura y medicina, la centralidad de las patologías de los personajes, el *estudio* de los efectos que las tendencias orgánicas hereditarias infieren en el destino de los hombres y las sociedades y, sobre todo, la exigencia de rigor cuasi científico en el encadenamiento de los episodios. *Irresponsable*, sin embargo, ni refrenda esa requisitoria de una trama sólida en la que “la sucesión de hechos” traduzca “el determinismo de los fenómenos a estudiar” (Zola, 2002: 48), ni se estructura, de principio a fin, con la patología de su protagonista por eje y el caso médico por molde. Durante los dos primeros capítulos, el *hombre de los imanes*, personaje central de la novela, aparece apenas como nota saliente dentro de las evocaciones estudiantiles del narrador plural, por ejemplo, en aquel examen fallido de física del que deriva su único mote. En el tercer capítulo, su papel consiste apenas en referir al narrador colectivo los recuerdos de su tortuosa relación con una mujer muerta, cuyo cuerpo acaba de ser objeto de estudio en la clase de anatomía del capítulo anterior. En esta instancia, es la

patología de la difunta y no la propia la que ocupa el centro de atención. Su *caso*, en cambio, sólo se volverá eje de la narración una vez avanzado el capítulo cuarto, cuando los episodios de la trama comiencen a girar en torno a su conducta errabunda y él mismo y otros personajes comiencen a reflexionar, en diálogos o a través del discurso indirecto libre, sobre su situación y su destino.

Finalmente, a partir del capítulo cuatro, el *nosotros* desaparece de la voz narrativa para dar paso a una tercera persona más cercana al objetivismo del narrador zoliano; casi en simultáneo, el *hombre de los imanes* comienza a traccionar el avance de la trama con la progresión de su doble decadencia, física y moral. Se diría, entonces, que el encuentro de la novela con el naturalismo se produce en el cuarto capítulo, incluso de una manera significativamente literal: luego de regresar a su casa tras un periplo por la ciudad que permite focalizar la narración, por primera vez, en su apatía y su soledad casi misantrópica, el *hombre de los imanes* reencuentra, en un “derrumbe de libros y folletos” (Podestá, 2000: 67), un volumen de *La taberna* y otro de *Nana*. En sus manos, los clásicos de Zola propician el recuerdo de viejas lecturas, el retorno de los preceptos que inculca su “filosofía amarga y positiva” (Podestá, 2000: 67).

Si la directa alusión al corpus zoliano puede leerse como un mecanismo para explicitar el principal referente literario que Podestá reconoce para su texto dispar, hacia el interior de la ficción, se opera en el *hombre de los imanes* un reconocimiento de otra naturaleza: el que le permite leer las claves de su propia degradación en los personajes que pueblan las novelas naturalistas. Además de idealizar la lectura identificatoria que el naturalismo (sobre todo en las especulaciones que abrieron su ciclo en las letras nacionales) fantaseó como parte de su misión pedagógica y moralizante,⁴ la escena reordena la narración, hasta entonces disipada, en torno al caso del protagonista y ofrece la primera interpretación de conjunto para las descripciones disgregadas y los episodios inconexos que pueblan los capítulos previos. Al tiempo que el *hombre de los imanes* se iguala con la “larga fila de seres desgraciados, enfermos, enviciados” (Podestá, 2000: 69) que recorren la ficción de Zola, la caracterización que se hace de estos últimos se proyecta, de manera indirecta, sobre él mismo:

Su cerebro trastornado, desquiciado, perdiendo sus facultades de dirigir el equilibrio de la máquina humana; las observaciones del carácter, la postración moral, la locura, el delito, el caos de la neurosis, transmitiéndose a la generación para imprimirle el sello del origen insano.

Esas cabezas delirantes, y esos seres envilecidos, degradados, eran capaces de todas las monstruosidades, de todos los trastornos sociales. (Podestá, 2000: 70)

En la lectura de Zola que Podestá atribuye al *hombre de los imanes* se trasluce su propia lectura interesada de autor: una valoración de la propuesta naturalista del todo compatible con el dogma del higienismo que él cultiva. No resulta ocioso, en ese sentido, que el *hombre de los imanes* recupere, justamente, las descripciones corporales leídas en las páginas de *La taberna* y *Nana*: “la mano temblorosa y cubierta de pústulas” (Podestá, 2000: 67), la carne manchada y consumida por los trabajos diarios, la “trama delicada” (Podestá, 2000: 69) de los pulmones obreros destruida por el carbón, la “fisonomía de idiota” (Podestá, 2000: 69) que se fija en el rostro de un ebrio. En una novela de organización difusa, que no intenta responder al patrón narrativo riguroso que Zola pregonaba y que encuentra la distancia objetiva del narrador naturalista cuando el relato ya está promediando, la centralidad de los cuerpos, la densidad de sus descripciones, incluso la incidencia de sus avatares, mutaciones y

declives, constituyen una constante que organiza el material narrativo, haciendo más visible y sostenida la vinculación con el referente francés. Más aún, si el diálogo que la ficción naturalista propone con el discurso médico conecta, de manera evidente, la práctica profesional de Podestá con su incipiente veta de novelista, el más consecuente y concreto punto de contacto entre su primera novela y sus anteriores producciones textuales se recorta específicamente sobre la gravitación que adquiere, a través de un imaginario y una retórica comunes, la figuración textual del cuerpo enfermo. En el artículo de 1886, por ejemplo, aunque las mayores alarmas se prediquen en torno a la condición edilicia insalubre de La Boca, las descripciones más minuciosas y, en cierto sentido, más efectistas, se concentran en los cuerpos de los niños que pululan por las calles del barrio:

De todos tamaños, edades y colores; desaseados, harapientos muchos de ellos, descalzos en su mayor parte, entretenidos en jugar y molestar al que pasa y al vecino; parias chicos, víctimas de la codicia del dueño de casa, de la ignorancia de los padres y de la acción de los microbios. (...) Entre ellos, una niña como de nueve años, pálida, demacrada, con grandes ojos azules expresivos, el cabello rubio y en desorden, atado a la nuca con una cinta del color de sus ojos (...) un ser enfermizo, habituado a todo, que ha librado ya su batalla contra las enfermedades y la miseria. (Podestá, 1886)

Además de anticipar las problemáticas que serán eje de *Niños*, el pasaje anterior preanuncia la relevancia de la descripción del cuerpo infantil en el texto de 1888:

Todos los días los encontramos á esos niños; altos, flacuchos, apáticos, con cabezas grandes, desproporcionadas muchas veces, con ojos azules, lánguidos, cútis terso, sonrosado, transparente, surcado por venas azules finas, delicados, con cuello delgado, largo, tórax estrecho como si estuviese comprimido —respiración fatigosa— niños que parecen hombrecitos, que se les mira como tales, que al hablar muestran sus dientes ya gastados, negros, rotos algunos y que al mover el cuello, dejan percibir fácilmente sus glándulas linfáticas engrosadas, ó una cicatriz de escrófula. (Podestá, 1888: 79-80)

Ambas citas, a su vez, prefiguran al Podestá naturalista, y lo hacen en al menos dos sentidos. Por un lado, la niña de nueve años, enfermiza y débil, que concentra la atención del artículo publicado en la prensa, anticipa particularmente a Delfina, personaje central de la novela homónima de 1917. Por el otro, de manera más general, la descripción detallada de los cuerpos, la percepción de la enfermedad en lo más superficial del organismo, pueden considerarse un primer ejercicio de un tipo de figuración de lo corporal que abundará en *Irresponsable* y en las novelas subsiguientes. El cuerpo enfermo, dominado por el vicio y los males morales, por las tendencias a la locura y al delito, por la lucha entre vida y muerte, humanidad y animalidad, conciencia e instinto, la materia de estudio y preocupación, en definitiva, para el Podestá médico e higienista, también se vuelven material novelable a través de la puerta de acceso a la ficción literaria que representa el naturalismo zoliano. Con su declamada perspectiva médico-científica, la estética y el programa naturalista promueven una ampliación de los límites de *lo decible*, *lo narrable*, *lo representable* en el terreno de la literatura que Podestá sabrá apreciar. A partir del modelo que Zola ofrecía en los ojos de Lantier, incrustados con una “negrura de tinta en la cara lívida”, como anuncio de la “tempestuosa cólera” que incubaba (Zola, 1961: 23), o en la decadencia estrepitosa de Copeau, cuyo “cuerpo embebido de alcohol se arrugaba como los fetos puestos en

bocales en las farmacias” (Zola, 1961: 334), la literatura configura para Podestá otro territorio donde el cuerpo puede adquirir centralidad. Más aún, un territorio en el cual ya no se tratará de la descripción textual, más o menos estetizada, de la materialidad enfermiza o decadente del cuerpo que se observa y se analiza, sino en el cual es posible usufructuar las libertades imaginativas de la ficción literaria para diseñar cuerpos que illustren, de manera perfecta, las teorías y prejuicios de la mirada médico-higienista.

Esa centralidad de la descripción del cuerpo que los discursos divulgadores de la medicina y el higienismo comparten con la poética naturalista se enmarca dentro de procesos culturales de más amplio espectro que, en primera instancia, vuelven legítimo y factible el proyecto de una literatura científicista atravesada por el imaginario médico. Los ejes principales que direccionan ese marco mayor se traman en una red compleja de prácticas, discursos y significados que Oscar Terán acierta a condensar bajo el mote de “cultura científica” (Terán, 2008: 9) de fin de siglo: una laxa interpretación de la filosofía positivista, una alta valoración generalizada del pensamiento evolucionista de Herbert Spencer y de las teorías transformistas de Lamarck y Darwin que, en lecturas conjuntas, configuran ese campo discursivo impreciso denominado *darwinismo social*; y la consecuente “concepción de la sociedad como un organismo” (Terán, 2008: p. 98) que invita a una disciplina médica de legitimidad y solidez institucional crecientes a expandir su rango de injerencia hacia territorios *a priori* ajenos a su competencia original. Con esta perspectiva biologicista como condición de posibilidad, la Argentina finisecular se enfrenta a un “proceso de ilimitada medicalización” (Espósito, 2005: 196) similar al que Roberto Espósito detecta en el pasaje del dispositivo soberano al del biopoder en la constitución de los Estados modernos europeos: en la medida en que la conflictividad social pasa a ser decodificada en los términos de la “enfermedad” (Terán, 2008: 98), la autoridad médica convierte en herramienta de intervención política su propia “distinción entre lo normal y lo patológico”, extendiéndola ahora “a la sociedad en su conjunto” (Nouzeilles, 2000: 20-21). Junto con la “pretensión de la fracción médica dentro del campo intelectual por capturar el derecho habilitante para enviar mensajes vinculados con la política” (Terán, 2008: 98), la medicalización generalizada se completa con un movimiento inverso: las instituciones estatales en vías de consolidación traban alianza con la práctica y el discurso médico, promoviendo “una ósmosis creciente entre lo biológico, lo jurídico y lo político” (Espósito, 2005: 196), como estrategia para situar bajo su esfera de control la regulación “del comportamiento, de las conductas, de los discursos, de los deseos” (Foucault, 2010: 46) de la población.

Positivismo, biologicismo, medicina, higienismo, darwinismo social, los cimientos de ese clima cultural de fin de siglo, además de proveer al proyecto de consolidación del Estado nacional una ideología, una orientación, un aparato conceptual, una serie de modelos y de respuestas legitimantes o incluso exculpatorias, comparten con él su más elemental campo de interés: la vida, entendida en términos materiales, biológicos.⁵ En efecto, durante las décadas finales del siglo XIX argentino, las esferas de la cultura y la política sitúan a la vida en el centro de sus debates, al tiempo que interpelan las significaciones heterogéneas que el concepto condensa y la inasible materialidad que el concepto resume. Interceptada en un complejo entramado de saber y poder en el que ambos términos se legitiman, complementan y redireccionan mutuamente, la vida es, en simultáneo, el objeto de estudio a desentrañar y la potencia desbordante que debe ser gobernada. Así, como ya venía ocurriendo en Europa desde la primera mitad del siglo, la noción misma de vida resulta revisada y reformulada, a la vez que se reestructuran todos los mecanismos y modalidades para estudiarla, pensarla, regularla, conservarla,

clasificarla. Conocer la vida, proteger la vida, gobernar la vida pasan a ser procesos simultáneos de estrecha interrelación.

Es esa multiplicidad de perspectivas plegándose sobre la vida, sus procesos y sus avatares lo que confiere al cuerpo una excluyente centralidad. Porque si, como quiere Espósito, es ese el territorio preciso donde el dispositivo biopolítico recorta su injerencia, en tanto “para poder salvar la vida de su tendencia autodisolutiva, la política debe reconducirla al régimen del cuerpo” (Espósito, 2005: 160), también es ese el plano donde confluyen las dos dimensiones de la vida humana que contempla la mirada científica, la dimensión del individuo y la de la especie, y donde la medicina despliega sus técnicas para prolongar los procesos vitales que postergan la inevitable conversión del cuerpo en cadáver. El cuerpo, entonces, como territorio donde la vida puede ser controlada, estudiada, protegida: vida y muerte, salud y enfermedad, normalidad y patología son dicotomías que se sitúan y definen en el cuerpo mismo. De la clásica metáfora de la filosofía política a un sentido casi literal, *el cuerpo social* comprende ahora “los procesos biológicos de conjunto” (Foucault, 2010: 225) que deben ser regulados por esa alianza entre saber científico, saber médico y poder estatal.⁶

Para discursos de difusión y propaganda del dogma higienista como los que Podestá produce en 1886 y 1888, la detallada reconstrucción textual del cuerpo enfermo opera como voz de alarma en la búsqueda de concientizar a los lectores sobre los estragos que determinadas patologías, ambientes y conductas pueden desencadenar en la salud de los individuos. A la vez, desempeña una tácita función pedagógica: el minucioso relevamiento de los síntomas que delatan en el cuerpo la presencia de la enfermedad confiere al lego un mecanismo básico para la identificación de esos mismos procesos en su propio organismo o en el de quienes lo rodean, casi un solapado instructivo para que el lector sea capaz de efectuar un somero y doméstico diagnóstico preliminar.⁷ Por último, esas exhaustivas descripciones son otro modo de refrendar el axioma que atraviesa la concepción hegemónica que la época maneja acerca del cuerpo y sus fenómenos: los aspectos psíquicos y morales de los individuos participan de la misma causalidad orgánica que domina la fisiología humana íntegra y, al mismo tiempo, traducen sus patologías y desvíos en marcas perceptibles en la materialidad corporal.

Para un programa estético e ideológico como el del naturalismo, por su parte, las figuraciones de lo corporal se evidencian como punto privilegiado en la ficcionalización del cientificismo y el biologicismo imperantes y, al mismo tiempo, como vía de ingreso a la novela para la problematización de los principales dilemas sobre la vida, la salud, la higiene y el control biopolítico de la población que desvela a los Estados modernos.⁸ Si *Irresponsable* se inscribe con comodidad en esa tradición es, sobre todo, por el espesor de sus descripción de cuerpos enfermos y por la gravitación que el tópico adquiere en su desarrollo narrativo, desde la escena de lectura del cuarto capítulo en adelante. Aun cuando una preeminencia similar de lo corporal pueda detectarse en sus antecesoras inmediatas (*¿Inocentes o culpables?*, de 1884; *En la sangre*, de 1887), en la novela de Podestá, ese eje se torna excluyente. Porque, más allá de los desacoples en su estructura narrativa o los vaivenes en su adscripción estética, las figuraciones del cuerpo, su naturaleza liminal y su lugar en las instituciones del Estado son las encargadas de suturar una trama fragmentada y de emparentar la novela al modelo francés reivindicado. Al mismo tiempo, a través de ellas se evidencian, quizás con mayor intensidad que en ningún otro texto contemporáneo, los cruces casi sin mediación entre literatura, medicina y ciencia, el modo en que la literatura procesa, recrea y reformula las nuevas nociones y prácticas en torno a la vida, y los mecanismos

discursivos e institucionales de saber y poder que, desde casi dos décadas atrás, habían comenzado a interceptar, clasificar y regular el cuerpo individual y a delinear su proyección añorada, el *cuerpo social* de la Argentina moderna. En efecto, en escenas sucesivas y de comienzo a fin, *Irresponsable* figura al cuerpo como zona límite, zona de tránsito, zona de indefinición, en la cual la forma humana se pierde, la forma animal resurge y la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, lo normal y lo patológico, se confunden o presienten mutuamente. Pero, además, el derrotero de los cuerpos enfermos que abundan en la novela es, a la vez, el derrotero que los cuerpos enfermos recorren dentro de un entramado institucional ávido de catalogar, circunscribir, conocer, para poder regular y, de ser posible, regenerar, o, en el peor de los casos, aislar al agente patógeno del resto de la población. Desde los claustros universitarios hasta el manicomio, la novela escenifica una relación triple entre los cuerpos que describe, los espacios en que los sitúa y las prácticas y miradas teóricas que los atraviesan. Y, si el afán taxonómico y regulador de teorías e instituciones parece, por momentos, infalible, el avance de la narración terminará por abrir un intersticio en esa solidez, a través del cual se vislumbran las indeterminaciones que desdibujan los perfiles sólidos del cuerpo y lo vuelven materia vital pura, inmutable e inclasificable.

El cuerpo y el delito: el *hombre de los imanes* entre el higienismo y Lombroso

Como ocurre, según el *hombre de los imanes*, en las novelas de Zola, *Irresponsable* también despliega su propia *fila de seres desgraciados*. La mujer empujada a la muerte por “las tendencias ardientes de su organismo” (Podestá, 2000: 50), que apasiona al protagonista en los primeros capítulos y que muy pronto pierde toda gravitación en el relato; el cuidador del anfiteatro de las clases de anatomía y “el cebador de mate” (Podestá, 2000: 121) del comité partidario, ambos alcohólicos y bestiales; o la precipitada sucesión de personajes menores, apenas bosquejados en unas pocas líneas, que irrumpe en la comisaría donde el *hombre de los imanes* transita las instancias finales de su degradación, pasan a engrosar la galería naturalista de degenerados y corrompidos. En la configuración de todos ellos, Podestá reactiva y combina su práctica lectora y su experiencia en la difusión del credo higienista: como en Zola, como en sus propios textos previos, la caracterización de los personajes entrelaza interioridad y superficie, convirtiendo la descripción física en signo de la degradación mental y moral.

No obstante, si Podestá encuentra en Zola los parámetros estéticos para encausar, en clave literaria, la figuración textual del cuerpo enfermo, en lo que respecta a los fundamentos teóricos que nutren su imaginario demuestra ser mucho más que un lector de segunda mano. Porque los factores que se reiteran en la construcción del destino ficcional de sus personajes, *a priori* reformulaciones vernáculas de los tópicos del naturalismo zoliano, o versiones ficcionales, estetizadas a la manera de Zola, de sus preocupaciones higienistas, reciben en *Irresponsable* un tratamiento que traduce, entre la paráfrasis y la cita disimulada, la lectura de *El hombre delincuente* [1876], de Cesare Lombroso, “libro fundacional por su afán científicista y la introducción del *cuerpo del criminal* como foco de análisis” (Caimari, 2004: 308. El énfasis me pertenece).

Fisonomía, fisiología, conducta y moral conforman, bajo la lente biologicista con que las enfoca, desde sus inicios, la antropología criminal, un objeto de estudio de complejas, oscilantes y, en retrospectiva, difusas y falaces articulaciones.⁹ Lejos de ser una variable accesoria en el análisis del delito, el cuerpo del criminal se recorta en las teorías lombrosianas como el ámbito material específico donde se juega y se descifra

esa articulación. En el cuerpo mismo, en su exterioridad y desvíos, entonces, las tendencias delictivas de los sujetos, potenciales o efectivamente realizadas, pueden ser detectadas, analizadas, remitidas hacia sus causas últimas e, incluso, en las más delirantes y peligrosas derivas de la imaginación teórica, anticipadas. De allí que, tal como sugiere Lila Caimari, ese afán taxonómico y descriptivo vertido al análisis del cuerpo del delincuente constituya la principal huella del impacto que Lombroso obtuvo en la cultura argentina de fines de siglo. Pasado el inicial fervor que cosechara en los cenáculos científicos y académicos, en los cuales sus rigideces axiomáticas se matizaron rápidamente con inflexiones de otras corrientes criminológicas menos circunscriptas al punto de vista biológico y más atentas a los factores socioambientales que intervienen en la gestación de la conducta delictiva,¹⁰ el mayor y más perdurable rastro que la lectura de *El hombre delincuente* imprime en el medio local se manifiesta bajo la forma de un requisito tácito para las crónicas periodísticas sobre crímenes: la aparente obligación del periodista de “hacer estudios antropológicos completos de los sospechosos” (Caimari, 2004: 309) que incluyeran su descripción fisiognómica según categorías y tipologías impuestas o revitalizadas por Lombroso.

Si los mismos mecanismos descriptivos se advierten, con las variantes del caso, en la ficción naturalista, la caracterización física, moral y patológica del protagonista de *Irresponsable* lleva la alusión al texto lombrosiano hasta los límites de la paráfrasis o la cita solapada. No se trata de la apelación, por cierto crucial para el imaginario de la novela, a la teoría de la degeneración, que Argerich practica en *¿Inocentes o culpables?*; o de la gravitación que los criterios antropométricos del propio Lombroso ostentan en la construcción del Genaro de Cambaceres. En la novela de Podestá, el diálogo con *El hombre delincuente* no sólo roza la trasposición textual de pasajes íntegros: también constituye, a la vez, la estrategia excluyente en la caracterización del protagonista y el único hilo conductor que, de principio a fin, hilvana las sucesivas instancias que atraviesa a lo largo de la narración. Los préstamos solicitados a la antropología criminal no son, en definitiva, un recurso accesorio para alcanzar el pretendido espesor científico: despojados de ellos, el personaje de Podestá se desintegra, y buena parte de los procesos que experimenta y de los episodios que protagoniza pierden el único elemento que, en reemplazo de un progreso narrativo sólido, les otorga una cohesión suplementaria y frágil.

Así sucede desde las descripciones minuciosas del primer capítulo:

Alto, muy alto, flaco, con la flacura del hambre, con una cara puntiaguda, demacrada, amarillenta, con esa piel lisa, estirada, como si algún maleficio le hubiese hecho perder la movilidad que da la expresión fisonómica. Los ojos negros, tristes, pensativos, que vagaban en dos órbitas demasiado grandes, ahuecadas como las de un muerto; frente alta, fugitiva, con arrugas prematuras y más acentuado que en el resto de la cara el color de pergamino viejo (...) Una hilera de pelos desiguales, finos erizados, circundaban esa cara envejecida a los veinte años, revelados por un bozo que parecía tiznado con un corcho. (Podestá, 2000: 33-34)

Conforme avancen, a la par, la trama narrativa y la degradación del personaje, el puente que ambas tienden hacia las teorías lombrosianas resignificará esa caracterización inicial, sobre todo a partir de dos rasgos salientes del *hombre de los imanes*. El primero de ellos, su alcoholismo, no pasa de la insinuación, mediante la lectura identificatoria de los clásicos zolianos, hasta que, en el sexto capítulo, una anagnórisis reconduzca la temporalidad del relato nuevamente hasta los años de la

universidad para narrar “la primera caída” (Podestá, 2000: 89). Desprovista ya del memorialismo anecdótico, la novela regresa al período estudiantil de su personaje principal para renarrarlo en clave naturalista. Ahora, un *hombre de los imanes* errabundo y ebrio, habiendo sucumbido a “las tendencias que lo arrastraban al vicio” (Podestá, 2000: 89), toca a deshoras la puerta de un compañero de estudios. De un tácito pedido de socorro a un injustificado brote de ira, el episodio transfiere, por primera vez de manera explícita, el diagnóstico lapidario que recibe la amante muerta del protagonista hacia él mismo. Al retomar el relato de su vida adulta, la narración reafirmará esa transferencia cuando se produzca, bajo similares circunstancias, el reencuentro entre los amigos, luego de años de distanciamiento. En otra instancia de desesperación, el *hombre de los imanes* volverá a la puerta del antiguo camarada para recibir una nueva sentencia concluyente: “has envenenado tu organismo con el alcohol, para que tu cerebro y tus nervios fuesen siempre rebeldes, y a trueque de tus desdichas imaginarias y reales, te diesen el bienestar que apetecías” (Podestá, 2000: 101).

El segundo rasgo crucial en la configuración del protagonista se manifiesta recién hacia el final de la novela, entreverado con sus intentos erráticos de comenzar una carrera política. Inmerso en una “turba” (Podestá, 2000: 132) que marcha desde el comité partidario hasta la puerta de la casa del candidato principal, el *hombre de los imanes* percibe cómo “una voz misteriosa le gritó desde su interior, con imperio irresistible: habla, habla” y, “cediendo como un autómata a esa fuerza poderosa” (Podestá, 2000: 132), comienza a pronunciar un enardecido discurso que culmina, para él, en un doble desastre: es agredido brutalmente por una multitud que se siente injuriada por sus palabras, mientras padece “un horrible ataque de epilepsia” (Podestá, 2000: 134). El resultado de esos incidentes combinados es el título del capítulo siguiente, que comienza inmediatamente después de narrada esta escena: “Inservible”.

Vejez prematura, piel amarillenta, delgadez pronunciada, vida errabunda, alcoholismo, epilepsia: los rasgos que delinean al *hombre de los imanes* encastran a la perfección con la persistencia con que el naturalismo zoliano configuró personajes a partir de ese doble juego entre decadencia física y decadencia moral, síntesis avalada, con alarma, por Podestá en sus textos higienistas. Sin embargo, aunque haya que buscar allí un modelo en el terreno de lo literario y un antecedente en la propia trayectoria del autor, el referente directo sobre el que se dibuja la fisonomía y destino del *hombre de los imanes* se encuentra en las tipologías lombrosianas del delincuente, en particular la del delincuente alcohólico y la del epiléptico. *El hombre delincuente*, de hecho, anota el tono de piel amarillento y la delgadez pronunciada como manifestaciones físicas del dipsómano. Asimismo, según las estadísticas antropométricas y fisionómicas que Lombroso expone, la altura superior a la media también constituiría un rasgo que delata predisposición al delito, mientras que las arrugas prematuras se consideran marcas superficiales de tendencias criminales subterráneas: “[p]or la precocidad de sus arrugas, algunos delincuentes jóvenes exhiben marcas profundas en sus caras a la edad de catorce años (Lombroso, 2006: 309). La voz misteriosa, la fuerza poderosa que exalta al protagonista frente a la multitud y lo empuja hacia el ataque de epilepsia, parece remitir, de igual modo, a un atributo propio del delincuente epiléptico: su tendencia a dar “nombres especiales a los impulsos automáticos que los gobiernan” (Lombroso, 2006: 256).

La cuarta edición de *El hombre delincuente*, editada entre 1888 y 1889 en dos volúmenes, además de aglutinar las vinculaciones asistemáticas entre alcohol, epilepsia y delito que circulaban en ediciones anteriores, expande la teorización sobre los puntos

de contacto que comunican esas tres esferas, encadenando un proceso que conduce hacia la locura. El camino más frecuente, según Lombroso, es idéntico al que Podestá diseña para su *hombre de los imanes*: la adicción al alcohol detona el brote epiléptico que, a su vez, deriva en la pérdida del juicio.¹¹ En *Irresponsable*, esa progresión se reconstruye mejor en la lectura intertextual que en el encadenamiento de episodios de su trama: antes de la relectura identificatoria de las novelas de Zola y del *flashback* que confirma su alcoholismo, el único elemento que prefigura la condición del personaje radica en la caracterización *lombrosiana* con que se lo describe por primera vez.

Igual de inmotivada por la trama e igual de afincada en la vinculación inmediata con la antropología criminal es la repentina atribución de un atisbo de criminalidad en el *hombre de los imanes*, enunciado a través de la voz de su antiguo amigo: “[c]uando estabas alucinado por las impresiones que trastornaban tu cerebro y veías por delante la imagen de enemigos que atentaban contra tu existencia has podido ser criminal” (Podestá, 2000: 103). La escena del reencuentro, de hecho, abre un paréntesis artificioso en la trama de la novela, suspende su avance errático y la reorganiza, en buena medida a través de la exposición directa de los principios científicistas y biologicistas que nutren su imaginario. Su material narrativo consta, casi por completo, de un diálogo entre el protagonista y el nuevo personaje, cuya voz resuena como transposición ficcional de la voz del propio autor. Como el novelista, parece saber más del protagonista, de su pasado, de su condición, del modo en que deben ser interpretados los actos y episodios ya narrados, que el protagonista mismo; como el médico higienista, su mirada releva síntomas de enfermedad física y moral en el cuerpo que observa, los interpreta en la clave de las teorías al uso y deriva en un alegato contra la adicción al alcohol que recupera la entonación propagandística (soslayada en el resto de la novela y aquí muy evidente) que el propio Podestá ofreció en otro tipo de textos.¹² Así, la exposición que encara este nuevo personaje desempeña una función doble o, mejor aún, funciona en dos niveles del texto. En el nivel narrativo, constituye un mecanismo para explicitar todo lo que la novela ya ha insinuado sobre su protagonista, reiterar todo lo que ya ha sido dicho e introducir todo lo que el avance de la narración, hasta el momento, ha sido incapaz de evidenciar. En el nivel conceptual, constituye una vía de ingreso a la novela, de forma directa y poco mediada, para buena parte de las teorías y prejuicios que propician su imaginario, desde una herencia lapidaria actuando como su disparador (“la huella funesta que te han transmitido tus antepasados”) (Podestá, 2000: 104) hasta su necesario complemento en el vicio (“por una copa de licor, entregabas un jirón de tu organismo moral, que has ido destrozando y enajenando poco a poco”) (Podestá, 2000: 101), pasando por la enunciación explícita del axioma biologicista que hegemoniza el pensamiento de la época y que le da sustento (“la máquina humana, tanto en su organización física como moral, está sujeta a las leyes del funcionamiento de los órganos”) (Podestá, 2000: 105). Incluso de Lombroso parecen extraerse los motivos que, finalmente, salvan al *hombre de los imanes* de la caída en el crimen. En *El hombre delincuente*, Lombroso sostiene que “la educación, la familia y el miedo al castigo” (Lombroso, 2006: 91) pueden suavizar, aunque no eliminar, los efectos que promueve en el individuo sus tendencias orgánicas. En *Irresponsable*, el *hombre de los imanes* escuchará de boca de su amigo: “el medio social en que has vivido, la educación que te infiltraron desde niño, las barreras que forzosamente tenían que contener el desborde tus pasiones, han hecho de ti un ser inofensivo” (Podestá, 2000: 101).

Así, por intermedio de un diálogo extenso y sobrecargado de referencias teóricas, se completa la impronta lombrosiana de la novela y, sobre todo, de la caracterización de su

protagonista. No por azar, el capítulo replica el título del texto en su conjunto: por sobre todas las cosas, el diagnóstico que el *hombre de los imanes* recibe de su amigo ratifica de manera taxativa su *irresponsabilidad*. Si su cuerpo y su conducta moral se piensan ceñidos a leyes orgánicas estrictas, y sus tendencias orgánicas son el legado irrenunciable de una herencia biológica *funesta* que la educación y el medio social apenas consiguen atemperar, entonces el grado de responsabilidad atribuible al *hombre de los imanes* resulta reducido al mínimo. Por detrás de la paráfrasis casi exacta de sus descripciones fisonómicas y de sus encadenamientos de patologías, *Irresponsable* recrea, en este punto más que en ningún otro, los axiomas de base con que trabaja la antropología criminal. Como en el caso del *hombre de los imanes*, Lombroso despliega una versión del delincuente que correlaciona el quiebre de la norma social con una hipotética anormalidad biológica que actúa de disparador. Atravesado por determinaciones hereditarias que lo emparentan con los hombres primitivos y los animales, el clásico delincuente lombrosiano se presenta como un individuo dominado por un germen de atavismo, “suerte de anacronismo bio-histórico que revierte hacia atrás la línea de la evolución humana hasta ponerla nuevamente en contacto con la del animal” (Espósito, 2011: 191). Esa será, precisamente, la noción a través de la cual Lombroso intentará comprender los niveles extremos de violencia: “los crímenes más horribles e inhumanos tienen un origen biológico, atávico, en los instintos animales que (...) resurgen instantáneamente bajo ciertas circunstancias” (Lombroso, 2006: 91).

Quizá la más controversial afirmación de la antropología criminal, la noción de atavismo convierte al delito, como a otras conductas ajenas a la norma social y censurables desde el punto de vista moral, en un fenómeno determinado por factores orgánicos, generalmente hereditarios, que hacen del hombre un ser tensado por instintos, negado a la razón, biológicamente predispuesto para entregarse a su animalidad latente. Cuestionar la responsabilidad moral que ostenta el individuo atávico frente a sus actos resulta, desde luego, la deriva lógica de este entramado de razonamientos. La noción de *responsabilidad*, en efecto, fue una de las aristas de la teoría lombrosiana que recibió más críticas y suscitó mayores polémicas a nivel mundial. Por la misma razón, representó el “problema central que domina las primeras relaciones de la medicina mental con el dispositivo jurídico” (Vezzetti, 1985: 130) en la Argentina de fines del XIX. Que Podestá haya agregado a ese término en disputa el prefijo de negación para convertirlo en título de su novela constituye no sólo su primer indicio de adscripción a la corriente de criminología que inaugura Lombroso, sino una toma de posición en debates contemporáneos que se proyectarán más allá de la novela misma, en las discusiones derivadas de su recepción.¹³

Aunque factores ambientales alcancen para mitigar las tendencias criminales que se inscriben en su organismo y se potencian en su alcoholismo, el atavismo del *hombre de los imanes* y, por lo tanto, su irresponsabilidad, se corroborarán en la transgresión de otra norma, no ya social sino biológica, cuando en su cuerpo se desdibuje el límite crucial para el imaginario con que la novela trabaja: el límite que une o separa humanidad de animalidad. El retroceso evolutivo, la emergencia de su primitivismo, serán, para el *hombre de los imanes*, productos de una carencia: “de la vida no me queda más que la animalidad (...) no me queda de ella sino un jirón de instinto” (Podestá, 2000: 99). Ante la confesión de parte, el amigo del protagonista, dotado de la autoridad mixta del médico y el juez para emitir sentencia sobre su *caso*, le ratifica, casi en los mismos términos, que se encuentra a un paso de “quedar reducido (...) a la animalidad” (Podestá, 2000: 101). Así, la deriva biológica que experimenta el *hombre de los imanes*,

su tránsito entre vida humana y vida animal, se piensa dos veces como reducción, como despojamiento gradual, en su organismo y conducta, de lo *propio del hombre* (Derrida, 2008), para desnudar el instinto primitivo. El resto sería pura vida animal, o la pura vida animal sería *un resto*.

Desde las figuras zoomorfas y teriomorfas primitivas que nutrieron, entre el arte y la magia, la representación ritual, la cultura desplegó un imaginario y una retórica sobre la animalidad de casi infinitas inflexiones, cuyos polos quizá contrapongan la alegoría y la fábula edificantes a las figuraciones pesadillescas, virulentas, monstruosas, en las cuales el animal es uno de los nombres de la otredad, la subalternidad, el peligro, el desvío. A la densidad inabarcable de esa retórica y ese imaginario tradicionales apela *Irresponsable*, en más de una ocasión, como mecanismo privilegiado para la descripción de la apariencia y conducta de sus personajes. En la escena que abre la narración, por ejemplo, los alumnos que pululan por los claustros universitarios en los días de examen forman, primero, un “hormiguero” (Podestá, 2000: 25), en previsible referencia a su constante ir y venir, para convertirse, después, en “corderos” (Podestá, 2000: 25), por la mansedumbre con la que aceptan el castigo que les deparan los profesores a cargo. Cuando, hacia el final de la novela, el narrador compare el cuerpo inerte de un ebrio que se desmaya en la comisaría con el de una “res desollada” (Podestá, 2000: 155), a estos lugares comunes de la *metáfora animal* se sumará la veta peyorativa que hace de la animalidad una herramienta retórica privilegiada para las luchas simbólicas que encrespan la literatura argentina del siglo XIX. Sin embargo, lo que vincula los ejemplos anteriores entre sí es lo mismo que los distancia de la significación que la animalidad adquiere en el diálogo entre el *hombre de los imanes* y su antiguo camarada. Porque no hay en ese diálogo una nueva manifestación del uso figurado del lenguaje que haga serie con las anteriores, sino la enunciación de un proceso que, dentro de la realidad ficcional que la novela construye, se comprueba como una experiencia efectiva del protagonista. Si la contigüidad del delito aparece como un peligro inminente y real en su destino, la deriva hacia la naturaleza animal se presenta en los mismos términos. No hay mediación de analogías, alegorías, metáforas: cuando la novela dice dos veces que su protagonista se animaliza quiere decir, precisamente, que las tendencias funestas de su organismo, potenciadas por los efectos nocivos del alcohol, empujan su constitución biológica y su comportamiento hacia una forma de vida donde los rasgos específicamente humanos se disuelven en animalidad elemental. La anormalidad biológica y la anormalidad social del personaje encuentran, así, su punto de reunión: la anatomía y la fisiología humanas se extravían, las conductas sociales se pervierten, el delito se insinúa como el siguiente paso hacia el quiebre moral definitivo; lo que emerge es el animal, sus rasgos, sus apetitos, su instinto. En este caso, el que opera no es el imaginario tradicional sobre lo animal, sino el imaginario biologicista en que *Irresponsable* abreva, y las imaginaciones teóricas y pseudocientíficas que lo conforman.

Y, sin embargo, en clave de metáfora o de trasposición ficcional de una teoría científica, como estrategia figurada de caracterización o versión novelesca del atavismo lombrosiano, la animalidad reconfigura y expande su lugar en el imaginario sin liberarse del vínculo múltiple que la une a las ideas de lo otro, lo monstruoso, lo anormal, lo peligroso. Más aun, las transformaciones que registra el período en torno a los modos en que la cultura concibe la relación entre humanidad y animalidad parecen, en última instancia, ofrecer nuevas versiones para las mismas correspondencias. Porque si el evolucionismo de Darwin vino a confirmar, a través de una teoría científicamente

convinciente, la estirpe animal de la naturaleza humana, situadas ambas en una escala biológica que anula entre ellas la hipótesis de la diferencia esencial, su proyección hacia la esfera de lo social acabaría por diseñar la cifra de una doble amenaza: la de la regresión evolutiva de la especie humana y la correlativa emergencia de su sustrato animal como causa primera o última para toda índole de conflictos sociales. El animal, entonces, encarna una forma de vida inferior de la que individuos y colectivos humanos no se han diferenciado del todo o a la que, fatalmente, pueden regresar, bajo las formas de la enfermedad, la *corrupción moral*, la locura, el vicio, el delito o la *rebeldía* política. Y, en la medida en que la frontera entre humanidad y animalidad se vuelve un pliegue interno, impreciso e irregular, la noción misma de humanidad se fragmenta y tergiversa. Comienza a regir, montada sobre el hipotético rigor científico que avala, convenientemente, preceptos y prejuicios hegemónicos de la cultura occidental, una difusa jerarquía de vidas humanas más o menos desarrolladas como tales o, por la negativa, más o menos equiparables a la vida animal. Su fundamento biológico ilusorio, prestigiado como voz de la ciencia, ofrece un criterio que autoriza a diferenciar *razas* superiores de *razas* inferiores, vidas valiosas de vidas prescindibles, vidas protegidas de vidas desnudas.

El peligro de que la humanidad desande el camino de su evolución, que retorne gradualmente a la animalidad de la que emergió, es, precisamente, el peligro que alarma las imaginaciones teóricas de entresiglos y una excusa privilegiada para justificar prácticas institucionales de intervención y regulación de la vida biológica en todas las fases de su desarrollo. Entre ellas, quizá la más radical y la de más duradera pregnancia haya sido la eugenesia de Francis Galton. Entendida como una “técnica aplicada a la vida” (Espósito, 2011: 203) con la intención de modificar su devenir espontáneo, la teoría eugenésica perseguía el perfeccionamiento de la *raza* a través de distintos mecanismos que fomentaran la supervivencia de los seres más aptos, en desmedro de aquellos que no respondían a las expectativas del imaginario biologicista. Por lo mismo, el dogma eugenésico predicó en contra de todo programa o institución social que promoviera la protección de individuos biológicamente inaptos, a quienes la selección natural, de por sí, hubiera eliminado. Partiendo de un precepto deudor del transformismo darwiniano (“las habilidades naturales de un hombre se derivan por herencia, bajo exactamente las mismas limitaciones en que lo hacen la forma y características del mundo orgánico en su conjunto”) (Galton, 1892: 1), Galton propone, como método para corregir la influencia negativa que ciertas conductas sociales ejercen sobre la evolución del hombre, una *selección artificial* que favorezca el desenvolvimiento completo de sus *dones naturales* y conduzca a la humanidad hacia un pleno desarrollo como *raza*.

Aun cuando los temas de la eugenesia “nunca alcanzaron una implementación sistemática” (Vezetti, 1985: 213), sí representaron una constante dentro del conjunto de discursos, debates y utopías raciales que tuvieron por eje común el “deseo de imaginar la nación en términos biológicos” (Nouzeilles, 2000: 40) y el proyecto de asentar mecanismos para “la protección de la raza, con miras a la sociedad futura” (Vezetti, 1985: 209). Parte de esa centralidad se debe a los lazos que con ella estrecha la corriente higienista local y a su reivindicación de elementos aislados del proyecto eugenésico, aunque no de sus fines. En *Niños. Estudio médico-social*, las facultades sobre la salud y el cuerpo infantil atribuidas al Estado, uno de sus principales núcleos de exposición y propaganda, se discuten en términos que, justamente, aproximan higienismo y eugenesia. Al respecto de esta temática, una de las afirmaciones iniciales del texto de

Podestá denegará la autoridad maternal para decidir sobre la alimentación, vestimenta, descanso, salud y esparcimiento del niño, en beneficio de una mayor intervención estatal, tutelada por el saber higienista:

La madre no puede, no debe á su capricho ó porque así lo cree mejor alimentar á su hijo con leche de vaca ó leche de cabra, darle sopas de tal ó cual sustancia, vestirlo con tal ó cual tela, hacerlo dormir en una cama con más ó menos abrigo, ni en los juguetes que le entrega para verlo entretenido y risueño. (Podestá, 1888: 9)

Al contrario, la función de la madre se reduce a “aplicar nociones fáciles, sencillas” (Podestá, 1888: 9), que los especialistas en higiene se encargarán de asentar y las autoridades estatales, de enseñar, difundir y regular.

Cuando comience a pasar revista a las enfermedades más difundidas entre los niños de Buenos Aires, esa apología de la intervención estatal sobre el cuerpo infantil se traducirá en un ejemplo extremo que, bajo la forma de un rechazo no exento de admiración, dará pie a una propuesta de tintes eugenésicos todavía más notables: “[e]n la Grecia antigua, el niño era del estado; la madre perdía sus derechos al punto que los niños raquíuticos y defectuosos, eran condenados por una inhumana ley de aquel pueblo á morir en las aguas del Taigeto” (Podestá, 1888: 43).¹⁴ Y continúa: “A pesar de la exageración y de la crueldad misma con que se atendía al *mejoramiento de esta raza*, hay en el fondo un *concepto perfecto disculpable* y en armonía con la civilización y las tendencias de aquel pueblo (Podestá, 1888: 43. El énfasis me pertenece).”

Si disculpar, aun con reparos, el asesinato de niños en la Grecia Antigua como un mecanismo propicio para el *mejoramiento de esta raza*, resuena como un precepto de clara filiación con las más recalitrantes corrientes de la eugenesia (las que, por ejemplo, terminarían por tributar sus programas al nazismo), la contraposición que Podestá establece entre ese referente histórico y “la civilización moderna” (Podestá, 1888: 44) se dirige en estricto sentido contrario:

lejos de matar al niño enfermo y defectuoso, [la civilización moderna] pone en práctica todos los medios de que dispone para mejorar sus condiciones, pero la ignorancia de los padres, las enfermedades hereditarias y la miseria gravitan sobre él (...) entorpeciendo el éxito de la higiene. (Podestá, 1888: 44)

Podestá, como buena parte de los higienistas más eminentes, compartía con Galton (y con los antiguos griegos, a la luz de su ejemplo) la convicción de que el Estado debía avanzar en sus atribuciones sobre la vida biológica de los individuos, con el objetivo de garantizar el *mejoramiento de la raza*. Sin embargo, lejos de condenar las prácticas sociales de protección de los individuos *biológicamente inaptos* por ser una forma de subvertir la selección natural, las considera una variante más de esas mismas atribuciones. La eficacia estatal en la protección de esas vidas debilitadas, no obstante, se postulaba como dependiente, desde luego, de que su dirección estuviese trazada por la orientación del higienismo.

Dentro de esa misma línea argumentativa, sin embargo, la dialéctica de aproximación y distanciamiento que hace relucir en el Podestá higienista resabios eugenésicos queda expuesta, sobre todo, en la analogía que homologa el cuidado del niño enfermo con el mejoramiento regulado de los animales domésticos. Si Galton recurre al mismo punto de comparación para proponer una procreación controlada de la vida humana, Podestá se sirve del símil para sugerir que el niño orgánicamente débil, degenerado o enfermizo por herencia, reciba el mismo tratamiento especial con que se distingue al animal

defectuoso, para “mejorar su temperamento, para mejorar, si fuera posible, las últimas partículas de su organismo” (Podestá, 1888: 42). Las diferencias subrayan la similitud y viceversa: en la analogía de Galton, la procreación regulada de los mejores ejemplares de una especie animal debe ser extrapolada al territorio de lo humano *para el mejoramiento de la raza futura*; en la analogía de Podestá, los cuerpos humanos defectuosos deben ser rescatados del total desperdicio, *si fuera posible*, como se evita que los animales domésticos menos agraciados se transformen en materia vital por completo inservible. Ya con vistas a eliminar, a futuro, las estirpes de seres inaptos, o a evitar, en el presente, que los seres inferiores sean únicamente un lastre social, en uno y otro caso, los ejemplos trasuntan la misma concepción de la vida humana cuando ésta no se reviste de los estándares biológicos presupuestos: se trata, en definitiva, de una vida más o menos equiparable a la animalidad.

No obstante, *Niños* insinúa, al pasar, un mecanismo eugenésico de regeneración todavía más próximo a la propuesta de una *selección artificial*. Aun cuando, en línea con las oscilaciones típicas de higienistas, médicos legales y criminólogos argentinos, su biologicismo se vea matizado por consideraciones no del todo armonizadas sobre los efectos de la educación y el ambiente social, para Podestá, la herencia biológica constituye una “ley que se cumple de manera fatal” (Podestá, 1888: 78) en el organismo infantil. La responsabilidad paterna y, en parte, la responsabilidad del Estado, en este punto, radica en la docilidad con que ejerzan o toleren los convencionalismos sociales relativos al matrimonio, error literalmente fatal para el niño, que no alcanza a ser reparado por “nuestra imperfecta legislación social” (Podestá, 1888: 80):

La higiene interviene poco en el matrimonio —la imaginación, los sentimientos, las conveniencias de familia, el interés, etc., son los códigos que legislan generalmente sobre la materia; — la resultante tiene que ser pues, una consecuencia, lógica de estas uniones al azar. (Podestá, 1888: 80)

La idea de un matrimonio biológicamente planificado por la mirada especializada del higienista, método para abolir la *lógica del azar* que amenaza con multiplicar, en nuevos seres, una línea hereditaria degenerada, recuerda, en efecto, el proyecto eugenésico de una procreación regulada que, en última instancia, se corresponde con la aplicada en la cría de ciertos animales domésticos: “si es fácil de obtener (...) por medio de una cuidadosa selección una casta permanente de perros o caballos dotados de un poder peculiar (...) sería bastante probable producir una raza de hombres altamente dotados por medio de matrimonios juiciosos durante varias generaciones” (Galton, 1892: 1). A falta de un plan de uniones matrimoniales controladas por el Estado y certificadas por especialistas, el azar solamente puede ser abolido por el azar: el amigo del *hombre de los imanes* lo llama “Providencia” (Podestá, 2000: 104) y celebra que haya “cortado en [él] la huella funesta que [le] han transmitido [sus] antepasados” (Podestá, 2000: 104). Al decirle a su antiguo camarada “[f]elizmente, no has constituido una familia” (Podestá, 2000: 104), el personaje de Podestá no hace sino adscribir a la misma hipótesis que reivindicaba el autor, un año antes: como en el caso de los animales, sólo los individuos biológicamente aptos deberían unirse entre sí y procrear, para evitar que la *huella funesta* se expanda y la *raza* se debilite orgánica y moralmente.

La antropología criminal rastrea en el organismo del delincuente las evidencias de su atavismo, los factores biológicos que delatan la emergencia de su sustrato animal. Ante el peligro de que la humanidad desande la ruta de su propia evolución, la eugenesia de Galton propone huir del retroceso a la animalidad aplicando mecanismos de procreación regulada que el hombre, paradójicamente, utiliza en animales. La idea del cuerpo

humano invadido de rasgos y tendencias animales, la idea de una unión entre cuerpos humanos inaptos cuya progeñe inicia el retroceso a la animalidad, dio forma y carnadura a las pesadillas que la imaginación política y científicista del fin de siglo compartió con la literatura, sobre todo por vías del naturalismo. Así, los cuerpos que estudian Galton y Lombroso y que confecciona, en clave ficcional, *Irresponsable*, se presentan como zona de indistinción entre una naturaleza humana en retroceso y una naturaleza animal que amenaza con volverse dominante, y, a la vez, como zona material donde los rastros de enfermedad (física y moral), transgresión de la norma (social y biológica) y criminalidad deben, justamente, distinguirse. En esos términos se plantea el desafío para discursos e instituciones que pretenden abordar el estudio, la regulación, el gobierno, de esa materia vital inestable y mudable. Aunque mitigada por el esquematismo de la narración y las descripciones, la novela de Podestá no deja de evidenciar, en buena medida, esa complejidad. Porque, a contramano de la contundencia que el narrador y los personajes ejercen a la hora de analizar el caso del *hombre de los imanes* u otros similares según los patrones de las teorías científicistas vigentes, cuando la novela deba escenificar el tránsito de los cuerpos por los mecanismos institucionales de saber y poder sobre la vida, cuando la novela deba narrar el modo y el momento preciso en que la ciencia, la medicina y el biopoder interceptan un cuerpo para analizarlo, clasificarlo, regenerarlo, gobernarlo, los esquemas teóricos e institucionales más rígidos parecerán ingresar en crisis.

La crisis de los estados intermedios: el *hombre de los imanes* entre la cárcel y el manicomio

Además de la progresión de la enfermedad física y moral de su protagonista, *Irresponsable* narrativiza otro proceso: el de un cuerpo y una subjetividad recorriendo el entramado institucional dispuesto por el Estado.

La ya aludida escena inaugural de la novela sitúa al protagonista en los claustros universitarios, entremezclado con un grupo de estudiantes al que regula la disciplina escolar. Si en esas ocasiones, dice el narrador, la puerta de la universidad se convertía irremediabilmente en un “hormiguero”, por el “entrar y salir incesante de alumnos” (Podestá, 2000: 25), el desorden admitido dentro de las aulas tenía, por el contrario, límites, custodio y castigo más definidos: cuando la indisciplina era excesiva o consistía en artimañas para contribuir al éxito de algún estudiante, intervenía el “cancerbero Gazzolo” (Podestá, 2000: 25), que se ocupaba de los involucrados y los “arrastraba al encierro como a corderos empacados” (Podestá: 2000: 25). En su versión retórica más convencional, la triple alusión al imaginario de lo animal contribuye aquí a figurar, a través de una sucesión de lugares comunes, la conducta de los estudiantes (su agitación los homologa a hormigas), el rigor del encargado de aplacarlos (equivalente al can mítico que custodia la puerta del Hades) y la mansedumbre a la que ceden cuando se los disciplina (equiparable a la de corderos, ejemplo por antonomasia de fauna mansa y, además o por lo mismo, víctima dilecta del sacrificio).

De este modo, *Irresponsable* abre su relato con una escena que ficcionaliza la relación entre cuerpos bajo la lógica disciplinaria de una institución educativa: *cuerpo estudiantil* y *cuerpo docente* se desenvuelven en roles predefinidos que delimitan las conductas y espacios a ocupar por parte de los cuerpos concretos de los individuos que los componen. El sesgo autobiográfico que domina los primeros capítulos de la novela, en coincidencia casi exacta con la duración de la primera persona en la voz narrativa,

marcará el derrotero que la narración sigue: como Podestá, *Irresponsable* pasará de las aulas en que se toman los exámenes preparatorios de la Facultad de Medicina, al anfiteatro donde se dictan las clases de anatomía y, luego, al Hospital de Hombres,¹⁵ donde la teoría comienza a combinarse (o a distorsionarse) con la práctica.

Ruinoso, sombrío y sucio, el anfiteatro se configura menos como un aséptico espacio destinado a la práctica y el saber médicos que como una suerte de almacén de cadáveres y restos apenas reconocibles como humanos. En ese ámbito, ya no se trata, como en los claustros universitarios, del disciplinamiento de cuerpos vivos; incluso, se diría que la idea misma de *cuerpo* pierde en él su consistencia. Porque la escena del anfiteatro condensa, precisamente, una de las paradojas del ejercicio de la medicina: para conocer y proteger la vida, el saber médico debe, como ocurre, según Foucault, desde Xavier Bichat en adelante, pedirle “a la muerte cuenta” (Foucault, 2004: 208) de ella y de los procesos que la sostienen o la interrumpen. Para conocer y custodiar el cuerpo humano en su anatomía y fisiología, el saber médico debe, entonces, descomponerlo, desbaratar su forma, seccionarlo. Por eso, la atmósfera tétrica del lugar y la ansiedad de conocimiento que domina a los estudiantes se conjugan en el relato. Por una parte, “manchas de sangre negruzca y pegajosa” (Podestá, 2000: 36), “despojos inservibles” (Podestá, 2000: 37) arrojados en un patio, “piezas anatómicas” (Podestá, 2000: 37) colgando de un tirante del salón, “piernas a las que les faltaba la piel” (Podestá, 2000: 37), “pulmones juntos [sic], sin aire, colgando como dos jirones de trapo y adheridos a una tráquea que les servía de piola” (Podestá 2000: 38), una “cabeza desprendida del tronco, arrojada allí como al acaso” (Podestá, 2000: 38). Por otra parte, “alumnos que rodeaban la mesa con la avidez de ver en el cadáver el trayecto de una arteria dura, rígida como un cordón” (Podestá, 2000: 37). Si la fascinación de los estudiantes, que hace de la autopsia un “espectáculo” (Podestá, 2000: 36), corre el riesgo de pervertir las exigencias de la mirada médica con las libertades imaginativas de la poesía y la pintura (como el propio narrador se atreve a insinuar), la sobria y severa conducta del profesor a cargo de la clase barre esas ambivalencias y reconduce el procedimiento a los rigores científicos del caso. La narración yuxtapone, así, tres miradas sobre el cadáver, en rápida sucesión. La primera, la imaginada mirada del artista, que podría hallar en los cuerpos tendidos sobre la mesa camilla de la autopsia la “exuberancia de material para esbozar telas de impresión” (Podestá, 2000: 39) o “revivir” (Podestá, 2000: 43), a través de la poesía, a una hermosa mujer muerta y lista para ser examinada, inventarle una historia y “devolverla a la vida, al calor, a la luz” (Podestá, 2000: 43). La segunda, la de los estudiantes, que se debaten entre sus devaneos de “poesía de brocha gorda” (Podestá, 2000: 43), su mirada de espectadores asombrados y “el amor al estudio” (Podestá, 2000: 40) que los hace persistir en la contemplación de escenas que, de otro modo, les repugnarían. La tercera, la que da cierre a las digresiones imaginativas para reencausar el episodio hacia la puesta en ficción de una práctica científica, es la del profesor, médico ya constituido, que, sin titubeos, “no se dio ni por entendido de la belleza, de la frescura, de la morbidez del cadáver”, y comenzó su clase “disecando pacientemente los órganos que debíamos estudiar” (Podestá, 2000: 44).

La animalización metafórica que Podestá despliega para ilustrar la disciplina que regula cuerpos y comportamientos en el ámbito estudiantil deviene, en la escena del anfiteatro, animalización literal del cuerpo muerto, no ya en el plano de la enunciación, sino en el de los sucesos narrados. El cadáver puesto a disposición de la práctica médica pierde su forma, se desarticula, recibe el mismo tratamiento que el resto animal

interceptado por los procedimientos de la producción pecuaria. Si Don Pancho, el ebrio y bestial cuidador de la morgue, habla de los muertos humanos “como hubiera podido hacerlo de las achuras de un matadero” (Podestá, 2000: 41), las descripciones del narrador parecen dirigirse, implícitamente, en idéntico sentido. El mecanismo institucional del anfiteatro y los fundamentos teóricos y disciplinarios que lubrican sus engranajes, no obstante, toleran esa parcial indistinción entre resto humano y resto animal, al punto de convertirla en la lógica básica de su funcionamiento. Si indagar respuestas sobre la vida en la carne de los muertos constituye un recurso fundamental para el saber médico, éste debe desterrar toda perspectiva que pudiera anteponer un respeto ético o sagrado sobre el cadáver a la desintegración de su forma humana en aras de la ciencia. La equiparación del anfiteatro con un matadero, entonces, desliza una crítica posible a las limitaciones materiales del lugar, a su falta de higiene y su desorden, pero no a sus prácticas primordiales. La suspensión de las distinciones éticas y ontológicas que habilita la disección del resto humano no ponen en crisis esta zona de la práctica y el saber de la medicina: muy al contrario, son su condición de posibilidad.

En cambio, la ausencia de cadáveres para estudiar en el anfiteatro da pie a que la novela recree una indistinción de otro tipo. En efecto, dirá el narrador, cuando se suceden los días sin cuerpos para diseccionar, la ansiedad lleva a los estudiantes a “recorrer las salas de enfermos, para espiar a las víctimas que debían caer en nuestras garras” (Podestá, 2000: 39). El cuerpo del enfermo terminal, zona liminal entre la vida y la muerte constituye, de este modo, materia improductiva para la práctica médica. El tiempo de la agonía es, para la medicina, tiempo perdido: impotente ya para cumplir su función de conservación de la vida, se desnuda impaciente por convertir el cuerpo en objeto de estudio, por hacer de él el terreno de prueba con vistas a la conservación de vidas futuras. El enfermo terminal es, así, un vivo que se demora en morir o un muerto en vida.

Estas alusiones iniciales a las instalaciones del Hospital de Hombres se completan, en el capítulo siguiente, con nuevas descripciones del ruinoso edificio y nuevas referencias a “las miserias y (...) dolores que se encerraban en sus cuatro paredes” (Podestá, 2000: 49). Dentro del patetismo general del cuadro, el narrador destacará entonces a los enfermos mentales, anticipando, al pasar, las últimas derivas del recorrido institucional que acompaña el avance de la trama: “los locos vagaban por los canteros del jardín, moviéndose lentamente, cabizbajos, hablando solos o dando gritos como aullidos de un animal extraño” (Podestá, 2000: 49).

Al contrario de la animalización que experimenta el *hombre de los imanes*, cuya legitimación, menos atenta a la verosimilitud literaria que a su decodificación en clave científica, se persigue en la alusión a las teorías lombrosianas, la figura del loco como *animal extraño* parece recabar en una más clásica concepción de la locura y en su retórica correspondiente. El loco que vaga por los jardines del Hospital de Hombres entre aullidos animales parece recrear, en efecto, la tradicional mirada sobre la locura como emergencia de una bestialidad rabiosa que entrega al hombre al dominio irrestricto de la sinrazón (Foucault, 1998: 109) y sugiere, como mecanismos de dominación del enajenado, “la *doma* y el *embrutecimiento*” (Foucault, 1998: 111).

Muy por el contrario, el principal caso de locura que *Irresponsable* examina, el del *hombre de los imanes*, es fiel al imaginario biologicista que domina la novela. Que el último peldaño en la escala de degradación del protagonista sea el delirio, traduce, una vez más, el esmero de Podestá por acoplar su narración con las teorías de Galton y Lombroso. En este punto, su ejercicio de la literatura como una de las formas de la

propaganda de ideas, aun en desmedro de la solidez de su práctica de novelista, habilita la introducción, ocasional, inmotivada y enfática, del calificativo de *genio* para su personaje. Un último injerto completa el engendro teórico-ficcional que es el protagonista: la fisonomía y la enfermedad moral del delincuente alcohólico, la patología del delincuente epiléptico, los instintos criminales apenas domeñados, las conductas antisociales recibidas por una herencia degenerada, la emergencia de un sustrato animal en orden a su naturaleza atávica se rematan, finalmente, con la correlación entre genio y locura que Lombroso alimentara en su libro de 1863.¹⁶

Así y todo, a contramano de la precisión y rotundidad con que, a lo largo de la novela, personajes y narrador distribuyen patologías, decodifican síntomas y esgrimen taxonomías para detectar, interpretar y clasificar cuerpos enfermos, el agudo brote epiléptico que deja maltrecho al protagonista parece dar inicio a una crisis parcial de toda certidumbre. A partir de ese suceso, el entramado institucional que la novela recrea y los saberes institucionalizados que en ellas se encarnan habrán de desestabilizarse momentáneamente, dejando al descubierto baches en su funcionamiento que desafían el afán científico de ordenamiento y clasificación y, al mismo tiempo, el afán biopolítico de gobierno de la vida.

Ya el primer gesto desestabilizador se produce cuando, física y mentalmente agotado por el ataque de epilepsia, el *hombre de los imanes* sea conducido a una comisaría. Las primeras (o últimas, según se enfatice en la epilepsia en sí misma o en el proceso general de degeneración que la novela refiere) manifestaciones de su enfermedad transcurren, así, en dependencias que la estructura estatal depara para aislar al delincuente, y no al enfermo. En la comisaría, el cuerpo y caso del *hombre de los imanes* son extraños, ajenos, una incertidumbre para las miradas y estructuras de saber y poder que allí se pliegan sobre la vida. Esta dependencia policial y, más precisamente, “una de las piezas del fondo para presos de menor cuantía” (Podestá, 2000: 147) a la que, significativamente, se la llama “depósito” (Podestá, 2000: 147), serán el lugar de paso donde habrá de esperar a que los mecanismos de la ciencia y el Estado definan su destino último: la cárcel, el manicomio o la libertad. Salud y enfermedad, humanidad y animalidad, inocuidad y delito son todas dicotomías pendientes de resolución mientras personaje y narración se demoran en el *depósito*, conviviendo con otros seres sumergidos en la misma indeterminación: delincuentes menores que apenas lesionan los bienes y valores custodiados por la ley, ebrios y vagabundos a la vez socialmente inútiles y socialmente inofensivos (o cuya única ofensa a la sociedad consiste, precisamente, en su inutilidad), “heridos que no podían ser trasladados inmediatamente al hospital”(Podestá, 2000: 147) e, incluso, un ebrio moribundo, convulsionado y rendido en el “preludio de la muerte” (Podestá, 2000: 157). Entre ratones “que disfrutaban holgadamente de la bienaventuranza” (Podestá, 2000: 147), los individuos *depositados* en aquella dependencia “tenían que pasar allí largas horas de ocio y zozobra” (Podestá, 2000: 147), hasta que la autoridad policial o, como en el caso del *hombre de los imanes*, la autoridad médica, consiguiera definir si correspondía la libertad o algún tipo de aislamiento.

Que *Irresponsable* imagine, en 1889, un espacio institucional de legitimidad dudosa donde enfermos, delincuentes menores, locos supuestos, heridos, ebrios y vagabundos se promiscuan, más que una anticipación del Depósito de Contraventores “24 de Noviembre”, que comenzaría a funcionar formalmente en la década siguiente bajo la dirección de Francisco de Veyga, o una referencia indirecta a su fuente de inspiración francesa, el *Dépôt Municipal des aliennés* de la Prefectura de Policía de París, parece

sugerir la puesta en ficción de una realidad ya afianzada en la práctica y, al mismo tiempo, carente de toda reglamentación.¹⁷ Mientras que el Depósito de Contraventores, al igual que su antecedente galo, desde su génesis misma, se organiza como una institución híbrida, fundada a través de un “anudamiento del saber y el poder” (Vezzetti, 1985: 175) en el que se conjugan vigilancia policial e investigación científica, el menos ordenado *depósito* de *Irresponsable* se desnuda como una falla en el entramado institucional que la novela recrea, una zona de indeterminación donde las vidas y los cuerpos que desafían las rígidas taxonomías teóricas e institucionales quedan, literalmente, suspendidas. Lejos del “laboratorio social” con atribuciones policiales “de control y represión de la marginalidad” (Vezzetti, 1985: 176) que habría de constituir, al menos en sus expectativas, el Depósito de Contraventores, no hay en el depósito ficcional que Podestá configura disciplinamiento, vigilancia, castigo, indagación médica, profilaxis higienista: hay, simplemente, abandono momentáneo de cuerpos que no pueden ser rotundamente distribuidos en los estándares de la medicina, la ciencia, la ley o el biopoder. En sus diferencias, no obstante, ambos depósitos se insinúan como reacciones, una concreta, institucionalizada, científica, otra ficcional, transitoria, improvisada, al mismo punto ciego que desafía las rigideces taxonómicas sobre las cuales se apoyan las incipientes iniciativas biopolíticas del Estado y las múltiples perspectivas científicas del biologicismo finisecular: el riesgo, la encrucijada, el dilema que representan los “estados intermedios” (Ramos Mejía, 2013: 131), esa franja de población opaca al ojo del especialista, que la prosa saturada de referencias a la biblioteca médica de Ramos Mejía define como una “confusión de luz y de sombras, una mezcla incomprensible de la salud y de la enfermedad, una combinación extraña de la razón y de la locura” (Ramos Mejía, 2013: 132), pero que también incluye a quienes no se adaptan a las normas sociales y, así y todo, no “pueden ser procesados por algún delito definido” (Vezzetti, 1985: 180). En su escena casi final, *Irresponsable* enfrenta los entramados institucionales y las convicciones teóricas que narrativiza con esa vida indecisa, al límite de las normas sociales, médicas, biológicas, con esos cuerpos y esos casos médico-jurídicos a medio camino de cualquier diagnóstico o juicio rotundos. Y, aun cuando enfatice que se trata de un lugar de tránsito, “preludio” o “antesala” del “manicomio” o el “sepulcro” (Podestá, 2000: 157), el relato no dejará de perfilar al depósito como una *falla* del sistema, un rescoldo hacia el cual desplazar los restos inclasificables, por completo distante del proyecto que alienta el Depósito de Contraventores, donde la confluencia entre el análisis científico y la vigilancia policial es, desde sus inicios, calculada y no accidental.

Si la equiparación entre resto humano y resto animal es condición de posibilidad para que el anfiteatro funcione, si la zona intermedia entre vida y muerte que representa el cuerpo en agonía no resulta sino demora pasajera para el avance del saber médico, si el loco bestial no reporta conflicto en tanto su caso clínico puede ser diagnosticado e interceptado por un eslabón preciso de la cadena institucional, el *estado intermedio* del *hombre de los imanes*, como el comportamiento disipado que encarnan todos los personajes que lo acompañan en el depósito, esa media agua de “conductas marginales que no eran ni delitos ni locura” (Dovio, 2011: 87) y que el imaginario de época cristalizó bajo la noción de *mala vida*,¹⁸ ejemplifican otro tipo de indistinción: la que paraliza el fervor clasificatorio de teorías e instituciones, la que contradice su lógica y opera una verdadera crisis en sus axiomas de base, porque no se ajusta con precisión a ninguna de sus categorías, modelos de vigilancia, tratamientos, sanciones.

Sin embargo, una brusca solución de continuidad es, paradójicamente, la herramienta que recompone la trama: elipsis mediante, el *hombre de los imanes* pasa, entre el final del decimotercer capítulo y el comienzo del último, de la penumbra decadente del depósito a la definitiva reclusión en el manicomio. El procedimiento narrativo desdibuja el pasaje de una institución a otra; a través de ese salto, el caso médico principal aparece como súbitamente definido: ya no lo habita un *estado intermedio*, se trata de un caso de locura, debe ser tratado en consecuencia. No obstante, que la escena que clausura la novela haga lo propio con el destino de su protagonista a través de un diagnóstico certero y una ya consumada asignación de responsabilidad institucional sobre su cuerpo y su vida, no amortigua la significación que adquiere el episodio del depósito. Como en ninguna otra instancia de la novela, los cuerpos, las patologías, las conductas sociales que Podestá pretende esbozar, con las herramientas literarias del naturalismo y sobre los moldes teóricos de su credo higienista y socialdarwinista, parecen rebasar las mismas demarcaciones que, antes y después, se quieren tan sólidas como certeras. Y, como en ninguna otra instancia de la novela, es en la escena del depósito cuando la novela parece representar la vida en toda su insondable granulación, lo viviente en toda su potencia irreductible, el cuerpo en toda su inasible complejidad.

Bibliografía

- Amante, Adriana (2005) "Prólogo". En Cambaceres, Eugenio, *En la sangre*, Losada, Buenos Aires.
- Blasi, Antonio (1980), "Orígenes de la novela argentina: Manuel T. Podestá". En *Actas del Sexto Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 22 al 26 de agosto de 1977, Department of Spanish and Portuguese, University of Toronto, Toronto.
- Bonet, Laureano (2002), "Prólogo". En Zola, Emile, *El naturalismo*. Península, Barcelona.
- Caimari, Lila (2004), "Pasiones punitivas y denuncias justicieras. La prensa y el castigo del delito en Buenos Aires, 1890-1910". En Alonso, Paula (comp.), *Construcciones impresas. Diarios, panfletos y revistas en el origen de las naciones latinoamericanas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Coni, Emilio (1889), *Código de Higiene y Medicina Legal de la República Argentina*, Etchepareborda Editor, Buenos Aires.
- Derrida, Jacques (2008), *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Trotta, Madrid.
- Dovio, Mariana Ángela (2011), "La 'mala vida' y el Servicio de Observación de Alienados (SOA) en la revista Archivos de PCMYCA (1902-1913)". En *Sociológica*, vol. 26, México D.F.
- Espósito, Roberto (2005), *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Amorrortu, Buenos Aires.
- (2011), *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Fernández Bravo, Álvaro (2010), "Redes culturales del 80 alianzas, coaliciones y políticas de la amistad". En Laera, Alejandra (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina, vol. III. El brote de los géneros*. Emecé, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1998), *Historia de la locura en la época clásica I*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá.
- (2004). *El nacimiento de la clínica*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- (2010), *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Galton, Francis (1892), *Hereditary genius*. Macmillan and Co, Londres.

- Gramuglio, María Teresa (2003), “Para una relectura de Zola”. [En línea] *Vº Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria*, 13 al 16 de agosto de 2003, La Plata. Polémicas literarias, críticas y culturales. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.33/ev.33.pdf,
- Ingenieros, José (2011), “Prólogo”. En Gómez, Eusebio, *La mala vida en Buenos Aires*. Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Buenos Aires.
- Lombroso, Cesare. (2006), *Criminal man*. Duke University Press, Durham.
- Damaso Martínez, Carlos (2000), “Prólogo”. En *Irresponsable*. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires.
- Nouzeilles, Gabriela (2000), *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo*. Beatriz Viterbo, Rosario.
- Podestá, Manuel (1886), “Cuadros del natural”. En *La Nación*, 23 de noviembre de 1886.
- (1888), *Niños. Estudio médico-social*. La patria italiana, Buenos Aires.
- (2000), *Irresponsable*. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires.
- Ramos Mejía, José María (2013), *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*. Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Buenos Aires.
- Rojas, Ricardo (1957), *Historia de la literatura argentina. Vol. III*. Kraft, Buenos Aires.
- Salto, Graciela (1998), “El debate científico y literario en torno de *Irresponsable*, de Manuel T. Podestá”. En *Anclajes*, II.2, Universidad Nacional de La Pampa, La Pampa.
- Sicardi, Francisco (1903), “La vida del delito y la prostitución”. En *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines*. La semana médica: Buenos Aires.
- Terán, Oscar (2008), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Vezzetti, Hugo (1985), *La locura en Argentina*. Paidós, Buenos Aires.
- Wilde, Eduardo (1885), *Curso de higiene pública*. Casavalle Editor, Buenos Aires.
- Zolá, Emile (1961), *Obras selectas: La taberna- Nana- El sueño*. El Ateneo, Buenos Aires.
- (2002). “La novela experimental”. En *El naturalismo*. Península, Barcelona.

Notas

¹ La nómina de novelas publicadas por Podestá se completa con *Alma de niña* (1892) y *Delfina* (1917). De su novela inconclusa *Matucha* sólo se conoce el capítulo editado por *La Nación* en 1890.

² Para María Teresa Gramuglio, ese credo científico de Zola y, sobre todo, su búsqueda de cientificidad en la literatura, pueden ser leídos “desde la sospecha” (Gramuglio, 2003: 3), no ya como un postulado teórico perseguido y no del todo alcanzado, sino, por el contrario, como una estrategia de autolegitimación del género y de su autor

³ En este punto, acierta Gabriela Nouzeilles en señalar que “el pragmatismo de la novela experimental [según la jerga de Zola] resultó muy atractivo a los médicos en busca de modos suplementarios con que intervenir sobre a sociedad y sus males” (Nouzeilles, 2000: 66).

⁴ Por ejemplo, en la “Carta literaria” que Benigno Lugones publica en 1879, las críticas que apostrofan a la novela naturalista de pornográfica, vulgar, obscena, violenta y peligrosa son refutadas, precisamente, con el argumento de que la exhibición sin tapujos de los males sociales permite a los lectores ponerse a resguardo de ellos. Por caso, dirá Lugones: “ninguna escuela será de tanta utilidad al obrero como el naturalismo: verse retratado al natural, con todo el cortejo de sus vicios y de sus defectos; ver palpablemente cómo es arrastrado al alcoholismo y a la muerte, revolcándose en un cieno inmundo; asistir al drama de su propia vida, copiado en la de un personaje intangible a quien se puede dirigir todo género de reproches (...) ésa es la manera de que el pueblo lea con provecho y de que cada libro le sirva

de enseñanza” (Lugones, 2011: 19). Como en los textos del mismo Podestá, la vocación pedagógica y moralizante que aquí se presiente no aparece del todo compatibilizada con la idea de que las leyes de la herencia biológica y las tendencias orgánicas de los individuos condicionan fatalmente sus conductas.

⁵ Hasta qué punto la faceta biopolítica modeló, injerencia del discurso médico-higienista mediante, una de las aristas cruciales para el proyecto de consolidación y modernización del Estado argentino, se deja leer en los escritos de un miembro de la élite política y cultural que, como hizo Eduardo Wilde, distribuyó buena parte de su trayectoria pública entre el alto rango ministerial y la destacada labor como profesional de la medicina: “Siendo la misión del gobierno a este respecto, cuidar la salud del pueblo, sepamos qué se entiende por salud del pueblo. Nosotros no hemos de entender lo que se entiende vulgarmente, preservación de enfermedades, impedimento a la importación y propagación de epidemias; no, de ninguna manera; nosotros tenemos que entender por salud del pueblo, todo lo que se refiere a su bienestar, y esto comprende todo lo que contribuye a su comodidad física y moral. Luego las palabras: salud del pueblo, quieren decir: instrucción, moralidad, buena alimentación, buen aire, precauciones sanitarias, asistencia pública, beneficencia pública, trabajo y hasta diversiones gratuitas.” (Wilde, 1885: 9).

⁶ En términos de Foucault, es precisamente el despliegue de tecnologías biopolíticas a través de las cuales “los cuerpos se reubican en los procesos biológicos de conjunto” lo que convierte a una masa de ciudadanos en “población” (Foucault, 2010: 225).

⁷ Este posible uso práctico de la descripción del cuerpo infantil en *Niños* duplica su significación si se recuerda que los padres son destinatarios principales del texto de Podestá.

⁸ Sobre las posibles lecturas en clave ideológica y política de las novelas naturalistas, conviene recordar lo que Adriana Amante señala en su prólogo a *En la sangre*: “[d]e Émile Zola, en la Argentina se toma el método pero no los fines: no hay denuncia de la miseria en la que viven los desheredados, los proletarios, los desposeídos, lo que hay es advertencia sobre los peligros que encierran para la pare más acomodada de la sociedad” (Amante, 2005: 22).

⁹ Una de las primeras y más enérgicas críticas recibidas por la escuela criminológica lombrosiana consiste, precisamente, en la carga casi excluyente que otorgó, en sus primeras formulaciones, a aspectos biológicos, hereditarios e innatos para el estudio de la conducta del delincuente. Las sucesivas ediciones de *El hombre delincuente* atemperarían ese énfasis, otorgando mayor injerencia a factores socioambientales, en un entramado argumentativo no siempre bien conciliado.

¹⁰ Como señala Caimari, “las explicaciones más eclécticas de Ferri o de los críticos antilombrosianos de la escuela francesa hicieron mejor carrera académica e institucional en Argentina” (Caimari, 2004: 308). Esa paulatina morigeración de la perspectiva biologicista en materia de criminología, paralela a la trayectoria intelectual de una figura tan gravitante como José Ingenieros, no se recorta únicamente en esta área de interés, sino que ejemplifica variables que se registran en la cultura argentina en general.

¹¹ Si la articulación entre alcoholismo, epilepsia y locura en *Irresponsable* sugiere un vínculo directo con *El hombre delincuente* no es, en sentido alguno, porque esa relación sea original y exclusiva de Lombroso, o porque únicamente trace, en el medio argentino, un arco que va desde el texto del italiano a la novela en cuestión. Por el contrario, se trata de ideas de amplia aceptación en la comunidad médica internacional, que circularon en la Argentina asociadas a los nombres de Bénédict Morel, Henry Maudsley, Jacques-Joseph Moreau de Tours, Étienne Esquirol o Juan Giné y Partagás.

¹² En *Irresponsable*, se lee: “El alcohol es un ladrón que penetra dulcemente para llevarse todos los días algo: hoy destruye una célula, mañana inmoviliza un resorte que era el eje sobre el que giraba un sentimiento; (...) y a medida que va penetrando en la intimidad del organismo, va rompiendo el ritmo de nuestras acciones, de nuestros sentimientos, de nuestros afectos, para convertir al hombre en un idiota, en un malvado, en un criminal” (Podestá, 2000: 106). El largo alegato que, un año antes, había firmado en *Niños*, demuestra la continuidad textual que Podestá establece entre ese estudio médico-social y su novela, ambos considerados, en última instancia, medios propagandísticos igualmente legítimos: “Desde las explosiones tumultuosas del *delirium tremens* del alcoholista consuetudinario al desquicio lento y silencioso del individuo bebedor, podríamos eslabonar una variedad de seres, en los que se manifiestan los estragos del vicio, por desórdenes serios en las vísceras más importantes (...) El niño recoje ese fruto amargo de esta triste herencia, y las enfermedades como la corea, la epilepsia, la idiotía, etc. no lo estrechan en sus anillos de hierro —es la perversión moral que lo conduce insensiblemente al delito y a todas las aberraciones del mal (Podestá, 1888: 87-88).

¹³ El debate que registra la prensa porteña, luego de publicarse la novela de Podestá, en torno a la *irresponsabilidad* de su protagonista, ilustra, a un tiempo, el carácter polémico del concepto, la temprana crítica a la criminología eminentemente biologicista de Lombroso en que se basa la configuración del *hombre de los imanes* y la particular modalidad de lectura que recibió, menos como una figura de ficción

que como “un caso clínico descripto, no por el narrador, sino por el médico Podestá” (Salto, 1998: 79). Realidad y ficción se confunden porque la literatura es percibida como terreno de experimentación y exposición de teorías médicas y científicas, porque la imaginación literaria aparece colonizada por los imperativos del conocimiento científico. Más que una discusión sobre patrones estéticos, eficacia narrativa o verosímil literario, tanto sus críticos como el propio Podestá fomentarán, según Salto, un intercambio centrado en discutir el *verosímil clínico* del *hombre de los imanes*. Las objeciones recibidas por Podestá provienen, sobre todo, del jurista Norberto Piñero, adepto a las perspectivas criminológicas de la llamada *corriente francesa*.

¹⁴ No parece azaroso que Wilde, en su *Curso de higiene pública*, aluda al mismo ejemplo (por cierto, no del todo certificado por los historiadores): “en Esparta los niños débiles eran sacrificados. ¿Se perseguía acaso con esto un fin puramente político? No; se buscaba ante todo un objeto eminentemente higiénico” (Wilde, 1885: 19). El sacrificio de seres enfermizos parece ser una recurrencia para el discurso higienista, que no se resuelve a presentarla rotundamente bajo la forma de su metodología eugenésica ideal, pero tampoco bajo la de su revés extremo y pesadillesco.

¹⁵ Podestá, en efecto, fue primero practicante y luego médico en el Hospital General de Hombres de Buenos Aires.

¹⁶ *El genio y la locura* [1864], texto temprano de Lombroso, anticipa una línea que retomará en escritos posteriores. Asimismo, refrenda una correlación entre dos modos de la agitación mental extrema que atravesará toda la bibliografía médica de fines del XIX. En el plano local, quizá el principal paladín de esa correspondencia sea Ramos Mejía. La idea de una “[h]ermandad curiosa” (Ramos Mejía, 2013: 145) entre genio y la locura, es el presupuesto a partir del cual se despliegan los *casos* estudiados en *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*.

¹⁷ Según registra Coni en su *Código de Higiene y Medicina Legal*, 1889 es el año en que Juan de Almanza y Agustín Drago presentaron ante autoridades competentes, y por pedido del Jefe de Policía, Alberto Capdevilla, un reglamento para el cuerpo médico de policía, cuyo objetivo consistía en subsanar “todos los inconvenientes del que entonces estaba en vigencia” (Coni, 1891: 469). Buena parte de esos inconvenientes mentados, según puede leerse a contrapelo en las referencias que Coni hace al nuevo reglamento de Almanza y Drago, parecen derivarse de la compleja disquisición entre la conducta del delincuente común y la conducta, potencial o efectivamente criminal pero ciertamente patológica, del loco. Para subsanar las dificultades operativas que representaba la reclusión, vigilancia y posible derivación de individuos de situación legal y patológica indefinidas, Almanza y Drago propusieron una sistematización de la asistencia médica policial que incluyera, por ejemplo, un registro de potenciales enfermos mentales en el cual “se haría constar el nombre de cada uno de los reconocidos y la enfermedad probable” (Coni, 1891: 469). Apenas aceptado en sus formulaciones más abstractas, el nuevo reglamento, según Coni, jamás fue llevado a la práctica.

Por otra parte, sobre las condiciones edilicias de los centros de reclusión, resulta significativo que las “impresiones médico-literarias” que Francisco Sicardi publica, en 1903, en *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines*, incluyan una descripción de la cárcel muy cercana a la caracterización que Podestá hace de su *depósito*: “[a]llí están hacinados los criminales, tirados en el suelo con las ropas en pedazos y la piel llena de mugre, aceitosos y hediondos, con los ojos insolentes, abiertos en la penumbra” (Sicardi, 1903: 11).

¹⁸ Según Vezzetti, la clave para comprender las imaginaciones y prejuicios que se resumen detrás de la noción de *mala vida* se encuentra en la confusión entre lo que la época considera corrupción moral y lo que define como “degeneración biopsíquica” (Vezzetti, 1985: 201). Por otra parte, la vaguedad que la categoría, aun a pesar de su presumida científicidad, parece incapaz de superar se evidencia en el prólogo que José Ingenieros escribe, en 1908, para *La mala vida en Buenos Aires*, de Eusebio Gómez, texto al que reprocha no haber conseguido establecer con precisión “los límites entre la ‘mala vida’ y la ‘criminalidad’” (Ingenieros, 2011: 33).